

# La guerra y los derechos humanos

Por Patricio Vildósola F.

Rudolf Hess ha muerto en el presidio de Spandau, Berlín Oeste. Tenía 93 años. Se suicidó. ¿Qué más podía esperar de la vida?

Es posible que la noticia haya sido indiferente para muchos, sobre todo los jóvenes; sin embargo merece un minuto de serena atención. Hess fue uno de los hombres más cercanos a Hitler y éste, elegido por la mayoría de su pueblo como jefe de Alemania, condujo a Europa en la lucha contra Rusia y sus aliados. Adolfo Hitler fue derrotado y ello cambió la suerte del mundo. Como sucede en tales casos, la historia la escribieron e interpretaron los vencedores.

En su cautiverio y agonía de 46 años, Hess fue llamado generalmente "el delfín de Hitler". En verdad, no tuvo esa categoría. Durante los días de gloria el heredero oficial era el mariscal Hermann von Goering. En los últimos días de la guerra, de hecho, Martin Bormann (de quien hasta ahora no se sabe si murió en Berlín o aún vive). Antes de morir, Hitler designó como sucesor al almirante Karl von Doenitz.

Hitler ha sido una especie de símbolo de la guerra, algo así como un Marte reencarnado. Curiosamente, Hess, a quien se seguirá llamando "su delfín", fue hombre que afanosamente buscó la paz, y la historia lo confirmará.

Como es bien sabido, en 1941, cuando el poderío del Tercer Reich estaba en su apogeo, Hess voló a Inglaterra para ofrecer la paz, en la cual Inglaterra conservaría todo su poderío y dominio de los mares. La proposición desechada posibilitó que la Europa del Este y gran parte del Asia - hoy también Centroamérica- cayera bajo el puño bolchevique.

Dejemos la política, sobre la cual juzgará la historia futura. El hecho es que Rudolf Hess, por haber estado prisionero en Inglaterra desde mayo de 1941, no tuvo participación alguna en los excesos contra los judíos. En el llamado Proceso de Nuremberg sólo pudo ser acusado de "preparación de una guerra de agresión", especialmente contra Polonia, país al cual Rusia atacó por la espalda, asesinando a 10.000 oficiales prisioneros, en Katyn, masacre por la cual hasta ahora nadie la ha juzgado.

Hagamos memoria, 41 de los 46 años Hess los pasó en una celda solitaria. Sólo se le permitía despachar una carta al mes. Todos sus papeles eran destruidos, para que no pudieran conocer su verdad. Nunca pudo ver ni conversar a solas con su mujer o



hijo.

¿Dónde estaban los llamados derechos humanos, o nacieron después?

En la madrugada del 16 de octubre de 1946, en la vieja ciudad de Nuremberg, donde el pasado es siempre presente, la ciudad simbólica del nacionalsocialismo, donde el Mariscal Von Keitel pronunciara su última frase: "Un mariscal prusiano no miente jamás", once camaradas de Hess caminan a la horca. El mariscal inglés Montgomery, el más brillante enemigo militar de los alemanes, critica con una frase inmortal: "Los juicios de Nuremberg han convertido un delito el realizar una guerra sin éxito; por lo tanto, quiero ganar la próxima, para que no me ahorquen a mí".

Los cadáveres de los jefes alemanes derrotados son cremados y las cenizas arrojadas al mar desde un avión norteamericano. Incluso es ahorcado un cadáver, el del mariscal Von Goering, quien burló a los verdugos suicidándose en su celda sólo horas antes.

Se dice que el cadáver de Rudolf Hess ha sido entregado a sus familiares para que le den digna sepultura. Si ha sido así, Hess ha tenido, después de muerto, culpable de la gran empresa de la paz, mejor destino que sus camaradas que trataron de hacer lo mismo, y hoy día podemos comprobar que el comunismo no era, ni es la mejor de las fórmulas de convivencia entre los seres humanos.

La gran incógnita que existirá en la historia mundial es si valió la pena que Hess ofreciera la paz, en la cual Inglaterra, como se ha dicho, aseguraba su potencialidad en el mar y sería quien velaría como mediador de una paz entre Oriente y Occidente.

Espero que la muerte de este hombre, que trató de buscar la paz en una guerra cruel, sea estudiada, para ver hasta dónde los derechos humanos pueden ser tratados en un mundo donde sólo se busca una paz disfrazada y comprometida con el comunismo.

Como católico deseo que se le juzgue en el más allá, y naturalmente estaré de acuerdo con el resultado de dicho proceso, que sí será divino, porque defender la libertad y la soberanía para llegar a la paz es signo de grandeza y prosperidad. En esa mesa, donde deben sentarse a conversar los principios antes mencionados, sólo deben sentarse doce, porque el siguiente, igual que en la Última Cena, sería el traidor, que seguro sería marxista.